

FEBRERO





Febrero es el mes más corto del año y el único que tiene personalidad propia. Todos los meses tienen treinta o treinta y un días, excepto febrero. Febrero tiene un número especial de días y, además, es un número mágico, cambiante.

De pequeña tenía una compañera de clase en el colegio que había nacido el veintinueve de febrero y evidentemente todos le tomábamos el pelo con ese tema y nos negábamos a felicitarla por su cumpleaños si el número veintinueve no aparecía en el calendario. Ahora que lo pienso, eso hacía que María fuese especial, la chica más especial de la clase, ¿no? ¿Qué habrá sido de ella? Creo recordar que alguien me dijo que se había ido a vivir al extranjero, aunque no estoy segura. María era especial en febrero, yo era especial todo el año. ¿Cuántas «Candelas» creéis que había en mi colegio? La respuesta es una, yo, solo una.

Supongo que eso significa que yo también tengo personalidad propia, como el mes de febrero. De hecho, estoy convencida de que todas las mujeres tenemos personalidad propia; los hombres, no. Me gustaría creer que sí, mejor dicho, me gustaría poder creérmelo, pero no. Lo que tienen los hombres es un complejo de Peter Pan encima que no los deja evolucionar y miedo a todo lo que les rodea.

Y luego dicen que nosotras somos el sexo débil, ¿débil?! Lo que tenemos las mujeres es un serio problema de *marketing* o de relaciones públicas, pero nada más. Básicamente los hombres nos son útiles para llegar a las estanterías más altas cuando no tenemos una escalera a mano y para abrir esos botes de mermelada que seguro

que fabrican unos cuantos tipos infames solo para hacernos creer que nos hacen falta. Cualquier escalera puede sustituirlos y yo estuve en una residencia universitaria en la que una chica de Mallorca me enseñó un truco infalible para abrir estos botes del infierno; basta con darles un golpecito en una esquina y conseguir que entre un poquito de aire, entonces giras la tapa y ¡zas!, bote abierto.

Fin de la historia.

Sigamos con febrero o, mejor, volvamos un poquito atrás y entonces esto tendrá más sentido.

En diciembre mi novio, *exnovio*, Rubén, me dejó por Instagram. Sí, el muy imbécil colgó una foto de sus maletas roñosas frente a la puerta de mi casa, *mi casa*, con unos *hashtags* horribles en los que me decía, a mí y a todo el mundo que quisiera leerlo, que me dejaba y se iba a hacer surf para encontrarse a sí mismo. Mi mejor amiga, Abril, denominó este incidente como el “Instabye”. Y como si esto no fuese ya lo bastante cutre o patético de por sí, que te dejen por Instagram, añadiré que la noche antes el muy cretino se había acostado conmigo y habíamos cenado sus pizzas preferidas (y que a mí nunca me han gustado).

En enero mi vida cambió por completo.

El día que Rubén me dejó por Instagram fui a desahogarme con Abril y, entre *gin- tonic* y *gin- tonic*, solté un discurso sobre los hombres que ha pasado a la historia de Youtube porque mi su-puesta mejor amiga, excelente fotógrafa y compañera de trabajo en la revista *Gea* me grabó, sin que yo me diera cuenta, mientras decía que los hombres de este país son la raíz de todos nuestros problemas, y después lo colgó. Los tildé de malos amantes, malos amigos, ineptos y todo lo que se me pasó por la cabeza. Y tengo razón. Aunque, gracias a ese vídeo, descubrí que en realidad tengo agallas para hacer cualquier cosa que me proponga. Cualquiera.

*Los chicos del calendario* nació hace apenas unas semanas, a principios de este mes de enero, y creo que siempre lo voy a recordar como el mes más intenso de mi vida, aunque el año se presenta tan movidito, que no sé yo...

Ahora tengo que escribir un artículo para explicar qué he hecho durante este mes y después me reuniré con Abril —al final la perdóné por lo de Youtube— para grabar el vídeo del mes. He pasado de escribir horóscopos y artículos sobre qué perfume debes ponerte para una entrevista de trabajo a estar al frente de un proyecto tan especial y arriesgado como *Los chicos del calendario*. Yo y Salvador, mi jefe... y también el primer chico del calendario, el chico de enero.

Que Internet lo carga el diablo es una de las frases más absurdas y preferidas de mi hermana mayor, y creo que es herencia genética por parte de nuestra madre. Marta se ha resistido tanto como ha podido a sucumbir a las redes sociales, aunque desde hace un mes es un hacha en Instagram e, incluso, ha aprendido a dejarme mensajes en la página web de *Los chicos del calendario*.

Sí, he pasado de ser la mayor pringada del país, la chica a la que dejaron por Instagram, a tener página web propia y compartir mis aventuras con la gente que me lee; aquellos que compartieron el vídeo de mi discurso sobre los hombres hasta hacerlo viral y que, de manera espontánea, dieron con la idea de este proyecto.

Salvador solo la aprovechó para hacerme chantaje emocional y convencerme de que accediera a llevarla a cabo para salvar *Gea*, la revista en la que yo trabajaba hasta ahora.

La verdad es que accedí a crear *Los chicos del calendario* para descubrir quién soy realmente. De pequeña era muy aventurera, ¿cuándo dejé de serlo? Siempre digo que creo en el amor y en la pasión y, sin embargo, mis novios han sido un hombre de horchata tras otro. ¿Cuándo empecé a conformarme? Mi sueño es escribir mi propia historia, y solo he trabajado en una revista escribiendo artículos sobre perfumes, operaciones bikini o el horóscopo. ¿Dónde está Candela? No digo que *Los chicos del calendario* pueda ayudarme a encontrar todas las respuestas, pero tengo que hacer algo; no puedo seguir dejando que las cosas me sucedan sin más.

Es mi vida y tengo que tomar las riendas, dejar de comportarme como un borrego.

En el vídeo del Instabye (que suena mejor y es más corto que «la peor y más humillante manera en la que Rubén podría haberme dejado plantada») decía que, aunque me recorriera el país de Norte a Sur y de Este a Oeste, jamás encontraría a ningún chico que valiese la pena.

¿Y qué hizo san Internet? ¿Qué hace la gente cuando ve a una chica medio borracha hablando de sus penas? Pues le contesta y le sugiere que haga precisamente eso, que se recorra el país en busca de ese chico inexistente.

Un chico estupendo.

Un chico de calendario.

La cuestión es que, tanto si ese chico existe como si no, y yo insisto en que no, no importa. Lo que importa es luchar por tus sueños y buscar, lo que sea, pero buscar. El día que dejas de buscar te conviertes en una chica a la que un imbécil deja por Instagram.

El chico de enero fue Salvador. Se suponía que él iba a negarse... yo le exigí que fuese él después de leer que varias personas lo habían sugerido en la sección de comentarios del vídeo de Youtube y porque estaba convencida de que se negaría y así podríamos olvidarnos del tema que, de entrada, me parecía una locura de la que no me veía capaz, pero no lo hizo. Por suerte.

Aprieto el lápiz tan fuerte que lo oigo crujir; mejor será que deje de pensar en Salvador o acabaré con astillas clavadas en los dedos. Las que tengo clavadas en otra parte seguiré ignorándolas como he hecho estos últimos días, con mucho éxito por cierto.

Sí, muchísimo éxito.

Hace unos días terminé el artículo; fue terapéutico y me sirvió para convencerme aún más de que no hay ni un tío que valga la pena y para tener más ganas de las que ya tenía de seguir adelante.

El chico de febrero, el del mes más especial del año, es Jorge Agreste. He hablado un par de veces con él durante los últimos días y, aunque sin duda es muy pronto para decirlo, intuyo que nos llevaremos bien; su reticencia a aceptar ser un chico del calendario

me ha recordado a mí misma hace unas semanas. A ver cuánto tar-  
do en descubrir su lado oscuro, porque está claro que lo tiene.

Jorge vive en Granada, así que allí es donde pasaré los próxi-  
mos días. Vanesa me ha ayudado mucho a ultimar todos los deta-  
lles sobre mi viaje y mi estancia en la ciudad. Ella es mi lazo de  
unión con Olimpo y *Gea* mientras estoy fuera de Barcelona. Antes  
de que surgiera el proyecto de *Los chicos del calendario* no la co-  
nocía, aunque tanto ella como yo llevamos años trabajando aquí;  
en cambio ahora me escribo o hablo con ella casi a diario. Nos lle-  
vamos bien, es estupenda y guapísima. A estas alturas yo ya ten-  
dría que estar acostumbrada a tener compañeras de trabajo que  
me hacen sentir como si fuese un hobbit de *El señor de los anillos*  
o, peor aún, un personaje entrañable de *La guerra de las galaxias*  
(Abril es impresionante), pero no lo estoy. Y tampoco consigo odiar-  
las; si fuesen malas y estúpidas, a mi ego le iría todo mucho mejor.  
En Olimpo también hay mujeres horribles, tanto por dentro como  
por fuera, claro, mi exjefa es un ejemplo de ello. Es tan perversa y  
nuestro odio es tan mutuo que nunca he entendido que no salie-  
sen rayos y truenos a nuestro alrededor cuando hablábamos. Por  
suerte para mí, ahora estoy en otra planta, en la sexta, para ser  
exactos, y mi mesa está en el despacho de Salvador...

Y Salvador está en Canadá.

«Deja de pensar en él. Has prometido que no ibas a nombrarlo  
nunca más».

—Y no lo he nombrado. Solo he pensado su nombre un segun-  
do —me defiendo delante de mi gato blanco de la suerte. Me lo re-  
galaron en un restaurante chino y me imagino que por eso tiene  
una manera tan particular de «darme buena suerte».

Le doy un golpe a la patita y la observo mientras sube y baja.  
Creía que no era supersticiosa, pero he sido incapaz de deshacer-  
me de este gato. Ahora me resultaría muy difícil imaginarme mi mesa  
sin él encima. El número de teléfono de Salvador sigue apuntado  
en la base; lo escribió él mismo hace unas semanas y después hizo  
lo mismo en el calendario de mi cocina. Al parecer cree que tengo

menos memoria Dory o que no he sido capaz de guardármelo en el móvil.

En una de las últimas reuniones con Jan y Sofía, en las que Vanesa también estaba presente, hemos decidido que llegaré a Granada el uno de febrero a pesar de que es el mes más corto y que el chico de enero ya no está, pero así nos ajustamos al calendario y yo tengo más tiempo para olvidarme de Enero. Claro.

Y todavía tengo que grabar el vídeo.

También hemos discutido la posibilidad de que Salvador no participe oficialmente en el concurso, pero él ha sido el chico de enero, ha cumplido con las reglas (más o menos) y el dinero no sería para él ni para la revista, sino que iría destinado a la entidad que él elija y que, hasta donde yo sé, no ha elegido aún, y eso que me hubiese ido bien para incluirla en el artículo...

Alguien llama a la puerta.

—Adelante.

Dejo de mirar el gato y dirijo la atención al recién llegado.

—Es muy tarde —dice Sergio, él ya lleva el abrigo y la tira de la bolsa cruzada por el pecho—, ¿tienes intención de irte a casa o vas a quedarte aquí pensativa toda la noche?

—Voy a irme a casa —parpadeo y compruebo efectivamente que ha oscurecido—, y no estaba pensativa. Estaba trabajando.

Trabajando mi falta de concentración y mi tendencia a dar mil y una vueltas al mismo tema.

—Vamos, te espero, así bajamos juntos. Sufro por ti; la señora de recepción del turno de noche me da miedo.

Sonrí; Sergio está intentando animarme. Es imposible que nadie tema a Encarna, a no ser que tenga miedo de morir aplastado por uno de sus abrazos.

Encarna es una mujer altísima; cuando la vi por primera vez pensé en las jugadoras de baloncesto norteamericanas, y siempre va vestida con colores estridentes. Es abuela, fue madre muy joven, y por eso pidió ocuparse del turno de noche, para poder ayudar a su hija con sus nietas durante el día. No sé exactamente en qué



consiste su trabajo, pero sé que, si eres el último en abandonar el edificio de Olimpo, te da un abrazo y te desea buenas noches. Es entrañable, y raro.

Paco, uno de los guardas de seguridad que suele estar en la entrada del edificio, me dijo que no sirve de nada resistirse, que a los que lo intentan al día siguiente les falla una de las ruedas de la silla o la máquina del café se traga sus monedas sin darles a cambio una dosis de cafeína. Lo llaman «la maldición de Encarna».

—Vale, espérame, solo será un minuto.

Apago el ordenador, guardo mi cuaderno en el bolso y, con el abrigo colgando del brazo, salgo del despacho. Sergio está en el pasillo tecleando en el móvil.

—Es Salva; está cambiando de vuelo y quiere saber si ya habéis hablado con el chico de febrero.

—Sí, claro. Todo está en marcha.

Me niego a preguntar en qué aeropuerto está o a mostrar alguna clase de enfado o de reacción no profesional. No sé si Salvador ha pasado estos días en Canadá completamente desconectado y sin preocuparse por *Los chicos del calendario*. Si lo ha hecho, peor para él. Sergio arruga las cejas y sigue tecleando mientras yo camino hasta el ascensor; cuando él llega a mi lado el teléfono móvil ha desaparecido de sus manos.

—¿Cuándo te vas a Granada?

—El lunes; solo queda ultimar algunos detalles y grabar el vídeo.

—Si puedo ayudarte en algo, dímelo.

—Lo haré, pero no te preocupes, estos días casi no te he visto, así que imagino que tienes mucho trabajo y en realidad tengo que hacerlo yo.

—Me refería a lo de Granada. No recuerdo que Jorge Agreste estuviese entre los candidatos que revisamos.

Hace días Sergio y yo estuvimos investigando los chicos que en principio configuraban la lista de posibles chicos de febrero, pero después yo volví a echar un vistazo a las candidaturas que habíamos recibido y una nueva captó mi atención. Tal vez fue porque

entonces ya me había dado cuenta de que mi historia con Salvador iba a acabar mal. Él ni siquiera había sido capaz de acabar el mes conmigo.

—Leí su historia después. Es entrenador de un equipo de fútbol infantil y fueron los niños del equipo los que le presentaron como candidato. Su novia lo dejó plantado en el altar.

—Joder, eso casi es peor que lo tuyo.

«Lo mío...».

Las puertas del ascensor se abren y Sergio me invita a que salga primero.

—Me gustó su historia y, cuando he hablado con él, me ha parecido un chico decente.

—Vaya, ¿ya has empezado a cambiar de opinión sobre los hombres, Cande?

—Ni hablar —sonrío—, pero he decidido daros una oportunidad. —Veo a Encarna acercándose—. Creo que el que no va a poder salvarse de Encarna vas a ser tú.

Él abre los ojos como platos al notar a la altísima recepcionista abrazándole.

—¡Sergito! Hacía mucho tiempo que no te veía.

—Suéltame, Encarna, me estás abrazando por la espalda y así tampoco puedes verme.

—Estás muy delgado.

—Eres tú que pareces una gigante.

Encarna lo suelta y le da media vuelta.

—Voy a presentarte a mi nieta —declara— y mañana te traeré galletas.

—No lo hagas.

—Insisto.

—Está bien —acepta resignado Sergio, aunque en todo momento ha hablado a Encarna con una sonrisa y con la mirada llena de cariño—. Vámonos, Cande, antes de que Encarna vuelva a engullirme.

—Buenas noches, chicos.

Sergio echa los hombros hacia atrás unas cuantas veces como si la recepcionista del turno de noche le hubiese desencajado un músculo. Puede hacerse el duro tanto como quiera; yo lo he visto sonreír mientras Encarna lo abrazaba. ¿Por qué nos cuesta tanto reconocer lo que de verdad nos pasa? Me vibra el móvil y en un acto casi reflejo lo saco del bolsillo del abrigo, antes del Instabye de Rubén consultaba las redes sociales, pero desde que Abril colgó mi vídeo en Youtube y empezó el concurso de *Los chicos del calendario*, las cosas han cambiado, en parte por mi trabajo y en parte por mí misma, y estoy más pendiente.

—Es un mensaje de mi hermana —contesto, aunque Sergio no me ha preguntado nada—; dice si puedo ir a su casa.

Nos detenemos en la acera y mi acompañante me mira confuso.

—¿Estás bien, Cande?

—Claro, solo un poco cansada.

No parece creerme, pero no insiste.

—Yo voy hacia allí. —Señala la calle Balmes hacia abajo—. Pero si quieres te acompaño andando hasta casa de tu hermana. ¿Dónde vive?

—Oh, no hace falta. Iré a buscar el metro; está solo a dos paradas de aquí. Seguro que tú también estás cansado y... —Me encojo de hombros—. Me irá bien pasear.

—¿Estás segura? No me importa.

—Segurísima. Nos vemos mañana.

Empiezo a caminar y le saludo con la mano.

—¡Buenas noches, Cande!

—Buenas noches.

Entro en la primera boca de metro que encuentro y, al pasar por delante de uno de los carteles que anuncian *Los chicos del calendario*, se me pone la piel de gallina. Es un diseño bonito. Son fotos mías en blanco y negro formando un mosaico; en ninguna estoy especialmente guapa ni especialmente fea, estoy bien, como diría mamá. «Tú siempre quedas bien en las fotos» es una de las frases que más he oído en casa, que soy fotogénica. No está

mal, supongo, aunque preferiría «estar bien» en la vida real y no solo en las fotos.

Mi hermana Marta vive en la plaza Molina. Antes de *Los chicos del calendario* iba todos los viernes por la tarde a ayudarla con las niñas, aunque con ellas no hace falta ayuda, hace falta un domador de leones. Ahora no sé si voy a poder verlas tan a menudo.

Llamo al timbre; Marta me ha dicho que lo haga a pesar de que es un poco tarde. La escalera es fría; un fluorescente parpadea en el cuarto piso. Ellos viven en el quinto, pero aún no me he atrevido a meterme en un ascensor. La única excepción es el de Olimpo, allí no tengo más remedio que subir porque no puedo explicarle a la gente del trabajo que no entro porque me dan sofocos al pensar en todo lo que puede hacerse en un ascensor (información que ahora poseo gracias a Salvador). Cuando llego al rellano del quinto piso, la puerta está entreabierta y no se oye ruido.

—¿Hola?

—¡Hola! Estoy en la cocina.

Cierro la puerta y me quito el abrigo.

—¿Y las niñas?

—Durmiendo como dos troncos —contesta Marta sacando la cabeza por el pasillo—. Hemos ido a la piscina al salir del cole y se ha obrado el milagro: han caído rendidas.

—¿Y Pedro?

—También está durmiendo.

—¿Él también ha ido a la piscina?

—No, mañana tiene que irse muy temprano a Zaragoza por trabajo y aún no se ha recuperado de las vacaciones con sus padres. Dios, mis suegros son extenuantes. ¿Quieres una copa de vino?

—Claro, pero si me has hecho venir para decirme que estás embarazada ponme dos.

—¡Quita, bicho! Quiero con locura a mis hijas, pero ¿una más como ellas? No, gracias. Te he llamado porque me he dado cuenta

de que por fin estaba sola y tenía un rato para mí, y he pensado que hacía demasiado tiempo que no hablaba con mi hermanita preferida.

—Soy tu única hermana.

—Semántica.

—Calla y sítveme esa copa.

## 2

De pequeñas Marta me ganaba siempre en las carreras de sacos. De mayores me gana bebiendo. En realidad, creo que incluso ganaría a esos tipos que se piden un carajillo a las siete de la mañana en el bar; esos que pueden encender una cerilla con el aliento.

Aunque tengo un poco de resaca, no es el dolor de cabeza lo que me revuelve el estómago cuando entro en la cocina por la mañana; son los nueve números que hay apuntados en un día del calendario. Un estúpido número de teléfono. Ya casi es fin de mes, así que por fin puedo girar la hoja. Quizá lo hago con más ímpetu del necesario, pero es mi cocina y aquí hago lo que me da la gana.

A quién le importa si febrero no empieza hasta el lunes de la semana que viene.

Voy al trabajo andando. Los movimientos de la calle —un autobús que se para, una señora que barre, unos niños corriendo— me ayudan a desprenderme del mal humor que me han provocado esos dichosos números y que el vapor de la ducha de agua caliente no ha conseguido disipar.

Paco me saluda con una sonrisa al cruzar la entrada y con los buenos días intercambiamos unas pocas palabras. Algunos empleados me miran al pasar; el grupo Olimpo ocupa todo el edificio y hasta hace apenas un mes yo era una de las redactoras de la revista *Gea*, es decir, nadie de interés. En cambio ahora genero cierta curiosidad. Aunque apenas me observan unos segundos, soy capaz de distinguir aquellas personas que me observan simplemente con eso, con curiosidad, de otras que especulan sobre mi *posible* relación con... el chico de enero. Hay gente

que no sabe qué hacer con su vida y se tiene que meter en la de los demás, aunque, claro, precisamente de eso va *Los chicos del calendario*, de que todos se metan en sus vidas, en las de los chicos y, de paso, en la mía.

Bajo en la quinta planta. No subo a la sexta, donde se encuentra mi mesa provisionalmente, si es que a doce meses se los puede considerar provisionales, y me dirijo a la zona donde se encuentra el despacho de Sofía y la mesa de Vanesa.

—¿Habíamos quedado? —Vanesa se está quitando el abrigo y me mira confusa.

—No, me he presentado sin avisar. —Le sonrío—. Buenos días.

—Perdona, mis modales aún no se han despertado. Buenos días.

—Habíamos quedado más tarde, pero dentro de un rato voy a grabar el vídeo de este mes con Abril y he pensado que, si no te importa, podríamos hablar ahora.

—Claro, por supuesto, ¿quieres esperar a Sofía? —Señala en dirección a la puerta del despacho.

—No, no hace falta, solo quería preguntarte si ya tenemos billetes y si está todo listo para el viaje a Granada.

—Más o menos. Siéntate, por favor. —Me ofrece la silla que hay en la mesa de al lado—. Patrick no llegará hasta las once. —Acepto mientras ella pone en marcha el ordenador—. Tenías razón tú; es mucho mejor que no te alojes en un hotel, así tendrás más intimidad y además no tendremos que preocuparnos de obtener permisos para hacer fotografías o de que alguien hurgue entre tus cosas. No digo que eso fuese a suceder, pero más vale prevenir que curar.

—La precaución ante todo —bromeo.

—No es solo por precaución, vamos a invertir mucho dinero en este proyecto y los de arriba quieren asegurarse de que nadie nos roba una fotografía o algo más suculento.

—Creo que los de arriba han leído demasiadas veces *El informe pelícano*, pero bueno.

—Ya tenemos reservados un par de apartamentos en zonas céntricas, en zonas muy bien comunicadas. Allí no tendrás coche y así podrás ir y venir a tu antojo.

—Y nadie sabrá que mis pijamas son de dibujos animados.

—Exacto. Mira, son estos dos pisos.

Empujo las ruedas de la silla hasta quedar al lado de Vanesa y ver la pantalla de su ordenador.

—No conozco Granada; estuve de pequeña y solo recuerdo algunos detalles. ¿Por qué no le preguntas al chico de febrero cuál está mejor?

—Ya lo he hecho y déjame decirte que me parece un chico muy formal; te reenvió su correo para que lo leas. Enumeró las ventajas y desventajas de cada uno y al final se posicionó por el de Plaza de Toros.

—Pues confirma ese.

—Hecho. Recuerda que el lunes sales a las siete.

—Perfecto, así podré aprovechar el día.

—Dentro de un rato te mando un correo con el *check-in*.

—Genial. —Aparto la silla—. Gracias por todo, será mejor que vaya a repasar el texto del vídeo. Pasaré por aquí más tarde para hablar con Sofía y para despedirme.

—Aquí estaremos. Sé que ya te lo hemos dicho cientos de veces, pero recuerda que tanto Sofía como Jan y yo estamos de tu lado y queremos que *Los chicos del calendario* triunfen. Cuenta con nosotros para lo que necesites.

—Gracias.

¿Por qué me incomoda saber que no estoy sola en esto, que tengo un equipo de gente magnífica a mi lado que confía en mí?

—De nada, es mi trabajo, aunque... —baja la voz— hacía mucho que no me gustaba tanto.

Cuando vives al lado del mar pasas todos los veranos en la playa y, si te dejan, metida en el agua. Mi juego preferido de entonces se llamaba «veinte olas» y consistía en aguantar la respiración bajo el agua durante veinte olas. Con mis amigas de entonces, todas compañeras de juegos casuales y de toallas, fingíamos que lo conseguíamos y



que, cuando salíamos a la superficie, el mundo había cambiado; ese chico que nos gustaba nos esperaba en la arena para invitarnos a pasear, el que no se lo había tragado una gaviota enorme, y no teníamos deberes para el curso siguiente.

Jugar a las veinte olas en el ascensor no es divertido y probablemente muy absurdo. No puedo aguantar la respiración tanto tiempo, nunca he podido y, además, suponiendo que no me desmaye antes por falta de oxígeno, ¿qué espero que suceda entonces?, ¿qué creo que habrá cambiado cuando las puertas del ascensor se abran?, ¿qué quiero que cambie?

Llego a la sexta planta y cojo aire. No he aguantado veinte olas (bueno, vale, no he aguantado ni un piso), y estoy perfectamente preparada para repasar el texto del vídeo, grabarlo e irme a Granada con todos los deberes de este mes resueltos.

Abril pasará por aquí a las once. Ayer por la noche intercambiamos unos cuantos mensajes y quedamos a esa hora. Tenemos tiempo de grabar el vídeo varias veces si no me sale bien a la primera, aunque lo cierto es que creo que la espontaneidad es mi mayor baza, quizá la única de momento, y no quiero que el resultado final parezca una obra de teatro o uno de esos anuncios horribles de *La tienda en casa*.

En el ordenador me espera el correo de Vanesa; le ha bastado con unos minutos para dejarlo todo atado. No sé de qué me sorprende; Vanesa es capaz de trabajar y organizar un ejército extraterrestre al mismo tiempo. También hay un correo de Sergio, que no está en su despacho, diciéndome que esta mañana no va a estar en el edificio y que lo llame si necesito algo; se despide y me recuerda que, si quiero seguir trabajando en el expediente de Napbuf, tengo los archivos disponibles en el *link* que me adjunta.

Napbuf.

Napbuf es la pequeña editorial infantil que Salvador ha decidido adquirir personalmente. La ha comprado él, no Olimpo y, aunque desconozco el porqué, la decisión va a causarle un conflicto con su padre. A lo largo del mes de enero he conocido a Martín Riego, el

propietario de Napbuf, y he descubierto que su hijo David era el mejor amigo de Salvador. *Era* porque falleció hace un año. La muerte de David está entremezclada en toda esta historia a pesar de que Salvador siempre ha insistido, al menos delante de mí, en que no tiene nada que ver.

Yo me ofrecí a ayudarle con este tema. No es exactamente lo que se supone que tengo que hacer con los chicos del calendario, pero formaba parte de lo que sí tengo que hacer: estar con ellos en su trabajo, conocerlos y darles la oportunidad de demostrarme que los hombres de este país no son un jodido desastre. Salvador no me ha convencido de nada, pero es bueno en su trabajo. Si soy capaz de dejar a un lado las cosas («las cosas»!) que han sucedido entre él y yo, tengo que reconocer que se preocupa mucho por las personas, que conoce hasta el último rincón de Olimpo y que nunca, absolutamente nunca, se comporta como «el hijo del propietario». En realidad, le molesta muchísimo que alguien lo trate así. ¿Será este el motivo por el que estuvo todos esos años fuera?

Estoy perdiendo el tiempo adrede. Bueno, perdiendo el tiempo quizá tampoco, pero sé que en realidad tendría que estar repasando el texto del vídeo. En el vídeo no leo lo que he escrito para el artículo de la revista, en realidad, dejando a un lado que llego a la misma conclusión final, no se parecen en nada. No es lo mismo leer algo que escucharlo y sería absurdo que fueran idénticos; entonces la gente o no compraría la revista o no se interesaría por mis vídeos. En el artículo escrito hay mucha más información; sobre la ciudad, sobre el trabajo del chico del calendario, sobre los lugares que hemos visitado y las actividades que hemos hecho juntos (no todas, las hay que nunca pondré por escrito). El vídeo es más personal; es un resumen de lo que he sentido a lo largo del mes y cómo me ha afectado compartirlo con el chico en cuestión, y también sobre como él me ha ayudado o no a cambiar de opinión sobre los hombres de este país.

Llaman a la puerta y cuando levanto la vista veo entrar a Abril.

—Hola, Cande. —Deja el bolso en el sofá que hay frente a la ventana y mira confusa mi mesa—: ¿Tu mesa va a quedarse aquí todo el año?

—La mía de *Gea* la ocupa ahora mi sustituta.

—Lo sé, me he despistado y he ido allí antes. Es una chica recién salida de la Facultad; Marisa va a comérsela viva.

Basta decir que Marisa tiene el dudoso honor de tener dos becarios cada verano, porque uno solo no aguanta los dos meses que duran las prácticas de la Universidad; puede desayunarse a un recién licenciado cada día.

—Intentaré hablar con ella antes de irme.

—No me has contestado, no creas que no me he dado cuenta.

—Se sienta en la mesa—. ¿Vas a quedarte instalada aquí sí o no?

Me encojo de hombros, lo de tener a tu mejor amiga trabajando contigo es a veces poco práctico.

—No lo sé. Quedamos con Barver que improvisaríamos. De momento él no está aquí, así que... supongo que no pasa nada si mi mesa se queda. Al fin y al cabo yo estaré el próximo mes en Granada.

—¿Así que Barver, eh? Hace unos días era Salvador.

—Déjalo, Abril. Barver está de viaje y yo tengo que irme el lunes, así que...

—De acuerdo, de acuerdo, ¿estás lista?

«Qué remedio».

—Sí.

—¿Dónde quieres hacerlo? —Baja la cremallera de su bolsa negra y saca la cámara—. Aquí sería perfecto. En mi opinión profesional, de los dos vídeos que hemos hecho hasta ahora, el del cubículo es el mejor.

—¿Te gusta más ese que el del día que Rubén me dejó por Instagram?

—Bueno... —Aprieta botones mientras habla y observa el interior del despacho—. El de los *gin-tonics* es genial, estás auténtica, pero el que grabamos para explicar en qué consistiría *Los chicos del calendario* me gusta más. Eres tú, se te ve más relajada.

—Quizá porque ese día no llevaba dos *gin-tonics* de más.

—O quizá porque estabas hablando de un proyecto en el que creías de verdad, aunque todavía no lo supieras. En el vídeo se te nota que estás decidida a seguir adelante.

—Qué remedio, tampoco podía hacer otra cosa. —Eso es mentira y lo sé—. No quería ni quiero que despidan a media plantilla de *Gea*.

—No lo haces por eso y lo sabes, o no solo por eso.

Lo dicho, que tu mejor amiga trabaje contigo es una cruz, en especial cuando ella no te deja autoengañarte.

—Hoy estarás contenta, me he maquillado. —Cambio de tema descaradamente.

—Sí, me he fijado, al final todos esos pintalabios que llevo años regalándote te han convencido. —Aparta la cámara—. Creo que puedes apoyarte en la mesa igual que en el último vídeo, así se verá la vista de la ciudad de fondo y también la mesa de Barver, y tu gato.

—Está bien.

—¿Quieres hacer una prueba antes de grabar?

—No.

Creía que no estaba nerviosa pero ahora tengo las manos sudadas y un nudo en el estómago. Las palabras del artículo se sacuden en mi mente como si fuese una coctelera y durante un segundo tengo la tentación de soltar un discurso absurdo en plan guía turística sobre Barcelona y los alrededores. Pero no voy a hacerlo, me prometí que sería valiente y sincera conmigo misma y eso es exactamente lo que voy a hacer aunque después tenga que ir corriendo al baño a vomitar de los nervios. Creo que lo llaman pánico escénico o ser una neurótica.

«Vamos, Candela».

—Pues ponte cómoda y por mí podemos empezar cuando quieras.

Abril se acerca a la puerta para asegurarse de que está cerrada y nadie va a interrumpirnos, comprueba también su móvil —yo hago lo mismo con el mío al instante— y adopta una postura profesional. Durante unos segundos, miro la mesa de Salvador; hace apenas unos días allí encima, en un extremo, estaban sus gafas. Hoy no están. Hoy tengo a mi gato blanco blandiendo la patita, mi maqueta diminuta de un velero, un chico del calendario nuevo esperándome mañana en una ciudad preciosa y a Abril esperando a que empiece a hablar.

Suelto el aliento y empiezo:

—Hola, soy Candela y creo que empezamos a conocernos. Más vosotros a mí que al revés, pero eso espero ir solucionándolo a lo largo del año con cada ciudad que visite. Supongo que os preguntáis si el chico de enero me ha hecho cambiar de opinión sobre los hombres. Pues bien, la respuesta es *no*. ¿No me digáis que creíais que iba a decir que sí? Eso habría sido imposible, la verdad. Han tenido que pasar veintiséis años y varios novios, amigos interesados y el impresentable de Rubén para que llegase a la conclusión de que no hay ningún hombre que valga la pena. ¡No iba a venir el chico de enero y hacerme cambiar de opinión en cuatro semanas! —Levanto cuatro dedos—. Eso no significa que el chico de enero haya fallado, esto no es una competición tipo *Los juegos del hambre*. El chico de enero lo ha hecho bien, ha sido él mismo, ha hecho lo que hace siempre y ha dejado que yo formase parte de su vida durante estos días, igual que van a tener que hacer el resto de chicos del calendario, porque ¿qué merito tendría si uno de ellos lograra hacerme cambiar de opinión haciendo teatro, fingiendo ser alguien que no es en realidad? ¡Nada de trampas!

»Estoy harta de estafas y de farsas. Todo esto, si lo pensáis bien, empezó porque mi ex no fue sincero conmigo y prefirió largarse a hacer surf y dejarme por Instagram. Tenemos que ser sinceros y decir la verdad. Decir lo que queremos, lo que sentimos y, sobre todo, decírnoslo a nosotros mismos. Esto es lo que he aprendido del chico de enero. Parece una tontería, ¿no? Una obviedad de esas que te enseñan en el cole de pequeño, pero es mucho más difícil de lo que parece y, si no me creéis, intentadlo. Intentadlo de verdad. ¿Cuándo fue la última vez que fuisteis sinceros con vosotros mismos, que reconocisteis que no os gustaba vuestro trabajo o que deberíais dejar a la persona con la que estáis? ¿Cuándo fue la última vez que hicisteis algo al respecto?

»Así que ya veis, el chico de enero me ha enseñado esto, a reconocer, al menos para mí misma, qué quiero de verdad. —El nudo que tenía en el estómago me está subiendo hacia la garganta y tengo

que hacer algo para aflojarlo. Sonrío—. Y no solo eso, el chico de enero me ha llevado a ver las estrellas, las del cielo y las de las personas más importantes de su vida. Iba a pasar la noche de Reyes sola en casa y él, Enero, me llevó a un lugar especial para su familia y aprendí que nunca nadie es solo lo que parece.

»En mi primer discurso inducido por los *gin-tonics* dije que los hombres de este país no saben ser buenos hijos, pues bien, ¡me equivoqué! Sí, en eso sí me equivoqué. Enero, Salvador Barver, sí sabe, y como hermano mayor no está mal, aunque podría mejorar (eso os lo cuento con más detalle en la revista). Y sí, verlo en acción es tan... —suspiro— como pensáis, pero aún así no ha conseguido hacerme cambiar de opinión, hace falta un poco más que esto para hacerme cambiar de opinión. Y bueno, dado que en el vídeo de diciembre también dije que los hombres de este país no son buenos amantes, creo que ha llegado el momento de especificar que en este sentido no voy a poner a prueba a ningún chico del calendario. Así que... ¡dejad de ser malpensados! —Estoy tan sonrojada que nadie va a creerse que no ha pasado entre Salvador y yo, pero aguanto y tras coger un poco de aire continuo—: Enero también ha compartido conmigo tantos aspectos de su trabajo como le ha sido posible. Si habéis leído las normas de *Los chicos del calendario* sabéis que acompaño al chico del mes en su trabajo siempre que no sea peligroso para mí o para los demás. ¡No quiero ni imaginarme lo que pasará si uno de los chicos es bombero! —Sacudo la cabeza—. Pues bien, Enero es hermético. Es como ver al que crees que es el malo de la película en acción, y al final descubres que es el bueno y lo único que pasa es que ¡no se le ha ocurrido compartir con nadie lo que estaba haciendo! Eh, es genial que luche para proteger al mundo o, en nuestro caso, la revista *Gea* o una pequeña editorial que está en una situación complicada, pero por otro lado... ¡qué narices os pasa a los tíos que no podéis pedir nunca ayuda?! ¿Creéis que si pedís ayuda van a echaros de vuestro club secreto? ¿O que vamos a pensar menos de vosotros? Si es eso, no sufráis, ya pensamos mal de vosotros. ¿Por qué insistís en hacerlo todo solos? ¿Por qué lo hace Salvador? ¿Acaso

necesita ser un héroe para sentirse realizado o es que, sencillamente, no confía en los demás? No todos somos una panda de idiotas a pesar de las pruebas, y ciertos vídeos, que demuestran lo contrario.

»Enero también me ha llevado a navegar, pero no en plan «nena, este es mi barco y tengo camareros salidos del *Barco del Amor* para atenderte», qué va. Navegamos en un viejo velero que está reconstruyendo poco a poco, que no cunda el pánico, que es más seguro de lo que parece, y estuve todo el rato trabajando, tensando cuerdas, amarres y no sé cuántas cosas más. Os aseguro que no había ni una copa de champán a la vista. Fue divertido, enriquecedor y vi que el mar significa mucho para él y sí, allí sí me dejó que lo ayudase, aunque seguramente nadie, ni tan siquiera él, puede tirar de una cuerda por un extremo y atar el otro a un mástil a la vez.

»En resumen, Enero no me ha hecho cambiar de opinión sobre los hombres porque, a pesar de enseñarme a ser sincera conmigo misma, es un tipo cerrado y lleno de secretos; alguien que no confía en los demás, aunque eso no significa que no se pueda confiar en él... La verdad es que Enero me ha demostrado que las generalizaciones son absurdas y que, si quiero exigirle a alguien que sea sincero conmigo, yo también tengo que serlo con él. Así que —carraspeo y miro la cámara—, Rubén, si estás viendo esto, creo que te comportaste como un cobarde y como un imbécil dejándome por Instagram, pero yo tendría que haberte dicho hace meses que no quería que vivieses conmigo, menos aún sin pagar tu parte del alquiler, y que las cosas no funcionaban entre los dos. Lo siento. Y Enero, Salvador, a pesar de todo, gracias por las estrellas y por el mar. No sé qué sucederá durante el resto del año, pero seré sincera conmigo misma y espero que todos tus sueños, la revista, la editorial, todo, te salgan bien. —Me tiembla un poco la voz y lo disimulo tosiendo—.

»*Gea* sale dentro de un par de días y allí vais a poder leer mucho más sobre el chico de enero y también empezar a descubrir quién es y por qué he escogido al chico de febrero: Jorge Agreste. Seguro que los que sois futboleros ahora mismo estáis dando saltos de alegría. Yo mañana voy a Granada. Estoy impaciente por conocer a Jorge y la

ciudad. No os olvidéis de comprar la revista para conocer con detalle todo lo que hemos hecho el chico de enero y yo ¡y no seáis mal pensados!, seguidme en las redes, suscribíos al canal y comentad tanto como queráis. ¡Ah, y proponed a vuestro candidato para los próximos meses! Va a ser un año increíble, ¿me acompañáis?».

En cuanto Abril baja la cámara levanto la mano para secarme las dos lágrimas que al final no he logrado contener.

—Dime que no salgo llorando.

¿Dos lágrimas? Tengo unas cuantas más, es culpa de los nervios y de la tensión, seguro.

—Tranquila, he dejado de grabar justo a tiempo. —Un Kleenex aparece ante mi nariz—. ¿Estás bien?

—Claro. —Se me escapa la risa—. Perfectamente.

—Ay, Cande, yo también he estado a punto de llorar. —Levanto la vista para mirar a mi amiga y veo que tiene los ojos enrojecidos—. Lo que has dicho de Barver... ¿estás segura de que no quieres repetir el vídeo?

—¿Por qué iba a querer repetirlo?

—No lo sé, si quieres... creo que podría cortar algunas frases y editar el vídeo.

—No, déjalo así. He dicho que tengo que ser sincera y valiente, ¿no?

—Nadie lo sabrá si lo edito —insiste Abril—; este vídeo lo va a ver mucha gente, Cande.

—De eso se trata; cuantas más visitas tenga la web, más segura estará toda la plantilla de la revista.

Abril apoya las manos en mis hombros.

—Va a verlo Rubén, Cande. —Me zarandea un poco como si quisiera asegurarse de que estoy procesando lo que me está diciendo—. Lo verá Barver.

—Me da igual. He dicho la verdad. —Le sujeto las muñecas con las manos—. Deja el vídeo así, Abril.

Ella levanta una ceja y da un paso hacia atrás.

—Has cambiado, realmente has cambiado.



—¿Tú crees? Yo, más que cambiar tengo la sensación de que estoy despertándome, descubriéndome.

—¿Has estado leyendo *El Secreto* o algo así?

Me río.

—No, te juro que no. —De repente noto el efecto de los nervios que he pasado al grabar el vídeo—. ¿Vamos a comer algo?

—Y a beber. No sé tú, pero yo necesito algo fuerte después de oír que Barver te ha regalado las estrellas. ¡Por Dios! No sabía que podías llegar a ser tan cursi.

—Cállate, que en tu habitación tienes un cojín con los pequeños ponis; no creas que no lo he visto.

# 3

Paso el fin de semana con mis padres, mis sobrinas, poniendo cierto orden en mi piso y negándome a pensar en Salvador (y lo consigo, casi todo el rato). Y el lunes me voy en avión a Granada.

El vuelo sale a las siete y cuarto de la mañana de El Prat y mientras estoy en el taxi que me lleva al aeropuerto, no puedo evitar pensar qué habría pasado si hace un mes hubiese salido corriendo de *Gea* para ir tras Rubén. ¿Sentiría ahora respeto por mí misma si hubiese logrado hacerlo cambiar de opinión y él se hubiese quedado conmigo?

Aprieto los dedos alrededor del asa de la maleta. La respuesta es no; no sentiría respeto por mí misma. ¿Qué clase de mujer se queda con un imbécil que la deja por Instagram, con alguien que la considera tan prescindible? Me gusta creer que si ese día me hubiese plantado en el aeropuerto, habría sido para decirle a la cara todo lo que pensaba de él, no para pedirle que reconsiderase su decisión y nos diese otra oportunidad.

Quizás aún me faltan por descubrir muchas cosas sobre mí misma, pero por fin sé que me merezco el respeto del chico que esté conmigo. Y muchísimo más. Sí, si hubiese venido al aeropuerto le habría cantado las cuarenta, quizás habría acabado en la comisaría de la Policía por escándalo público o algo así, pero jamás le habría pedido a Rubén que se quedase y que volviese conmigo.

Hace semanas que no sé nada de él y no lo echo de menos, lo cual dice muy poco de nuestra relación. Aunque él se ha comportado como un indeseable, si yo hubiese estado enamorada de él, ahora lo

echaría de menos y la verdad es que, si en algún momento pienso en él —y lo hago muy poco—, es con vergüenza y arrepentimiento por haber sido tan poco sincera conmigo y por haber aguantado tantos meses junto a alguien a quien no quería y por el que ni siquiera sentía atracción, solo comodidad.




Es muy triste estar con alguien porque te es cómodo; no pienso volver a hacerlo, aunque quizá tampoco debería estar dispuesta a complicarme la vida como lo estoy haciendo. Es como cuando aprendes a ir en bici: no te quitas los ruedines y pasas a una bicicleta de trial con marchas; primero tienes la típica bici roja de la que no te bajas en todo el verano, ¿no? ¿Sucede lo mismo con los hombres? ¿O puedes pasar de un Rubén a un... —no digas su nombre— Enero? (Técnicamente no es su nombre.)

El taxi se detiene frente a la terminal de Vueling y las ruedas de las maletas empiezan a circular. A pesar del tiempo que hace que no sé nada de él, tengo la certeza de que Rubén no tardará en volver a mandarme uno de esos mensajes en los que me exige que descuelgue el vídeo de Youtube o que declare al mundo entero que es un excelente amante. Y no lo es.

Ahora puedo afirmarlo rotundamente.

Rubén es probablemente el peor amante del mundo y compadezco a la pobre surfista a la que seguramente él está intentando seducir en este mismo momento. Del que tampoco sé nada es de Salvador, el chico de enero, y eso que el vídeo del primer mes del año Candela ya está colgado. No sé si quiero que Salvador lo vea y sé que es absurdo, él lo verá, es su trabajo. ¡Dios, dentro de unos días tendremos que elegir juntos al chico del mes de marzo!

Pero de momento tengo que conocer al chico de febrero y pasar estas cuatro semanas con él; no vale la pena que empiece a darle vueltas a marzo. Y tengo que dejar de pensar en Salvador.

Hago una foto de mi maleta frente a la puerta de embarque: «Lista para Granada #ChicoDeFebrero  #Ganas #LosChicosDelCalendario  ». A pesar de la hora, los comentarios no tardan en llegar; los dos primeros hacen referencia al vídeo del chico de enero

que, efectivamente, ya está colgado. Aún no he entrado en la página de Youtube y podría aprovechar para hacerlo porque el avión lleva un poco de retraso, pero decido apagar el móvil.

El vuelo va relativamente vacío; el asiento de al lado está sin ocupar y dejo allí el bolso. En cuanto nos estabilizamos, lo abro y saco el cuaderno y una guía de Granada que Abril insistió en regalarme; voy a mirar el mapa y a situarme un poco.

—Hola, ¿eres Candela?

Levanto la cabeza y veo a la azafata sonriéndome.

—Sí, soy Candela.

La sonrisa se ensancha.

—Solo quería decirte que estoy completamente de acuerdo contigo y que me parece genial lo que estás haciendo.

—Gracias.

—Yo llegué un día a casa y pillé a mi novio en el sofá con otra.

Las cejas me rozaron la raíz del cabello.

—¡Dios mío!

—¿Y sabes lo que hizo el muy cretino? —La azafata no esperó a que yo contestase—. Me miró sin dejar de moverse, y te juro que esa postura tenía que ser incómoda, y me preguntó por qué había vuelto antes de lo previsto.

—¿Y qué hiciste?

—Empecé a gritar y los eché de casa desnudos. Creo que pude hacerlo porque los cogí por sorpresa; él era enorme y ella estaba atónita, no podía creerse lo que estaba sucediendo. Los encerré en pelotas en el rellano y vivo en un edificio con ocho pisos por planta. Imagina el escándalo.

—Bien hecho.

—Bueno, después lloré como una idiota y durante un rato deseé que no hubiesen anulado ese último vuelo. Por eso había vuelto antes a casa. Pensé que si hubiese seguido con mi horario habitual, jamás me habría enterado y... —Se encogió de hombros—. Da igual. Me enteré y aunque lo pasé muy mal ahora creo que es lo mejor que me ha pasado en la vida. Como tu Instabye.

—Es injusto que alguien tenga que hacernos daño para que nuestra vida cambie, ¿no te parece?

—Sí, lo es, pero yo tenía una abuela que decía que a veces hay que caer de bruces contra el suelo para reaccionar y aprender a bailar y yo, desde que pillé a mi ex con esa en el sofá, no he parado de bailar.

—Me alegro.

—Seguro que tú también vas a conseguirlo, Candela. El último vídeo me ha gustado mucho y no pienso perderme ninguno de tus artículos, tanto si hablas de los chicos del calendario como si no.

—Gracias... —desvió la mirada hacia el uniforme en busca de su nombre.

—María, me llamo María.

—Gracias, María.

—De nada, tú sigue así que tanto yo como mis amigas estamos de tu lado.

—Gracias.

Vuelve a sonreírme.

—Tengo que ponerme a trabajar, si necesitas algo, avísame.

—Lo haré.

El vuelo de Barcelona a Granada solo dura una hora y media, y entre la guía de viajes, las anotaciones que voy haciendo en mi cuaderno rojo y otra conversación con María y Jimena, otra azafata, se me hace aún más corto.

El aeropuerto Federico García Lorca es pequeño comparado con El Prat y eso me ayuda a contener un poquito los nervios que han empezado a ir en aumento en cuanto hemos aterrizado. Mi maleta no tarda en salir por la cinta transportadora, pero antes de cruzar la puerta de llegadas me detengo un instante.

Jorge parece muy amable y educado, y por su foto se diría que tiene una sonrisa contagiosa (fue uno de los motivos por los que lo elegí como candidato), pero ahora, apenas unos minutos antes de

conocerlo, cuando está a escasos metros de mí, me tiemblan las manos y, si soy sincera, tengo ganas de subirme al primer avión que salga de aquí.

«No seas cobarde, Candela, este es tu año, este es tu mes, sigue».

Estoy segura de que Granada es una ciudad preciosa y tengo el presentimiento de que la historia de Jorge es interesante y de que puedo aprender algo de él. A pesar de que lo niegue, la verdad es que quiero que me demuestren que no todos los chicos son iguales. Que no todos son Rubén.

Que no todos son Salvador.

Y yo soy yo, y este es mi proyecto así que, aunque ahora me dé miedo, voy a seguir adelante.

Suelto el aliento y arrastro la maleta hasta la salida. Las puertas se abren y, por entre la gente que está esperando a sus amigos o familiares, lo veo a él.

Y me sonrío.

No solo lo reconozco por la foto; es la persona más alta de la zona de llegadas y a su lado hay dos señoras mirándolo. Es obvio que él acaba de hablar con ellas y se están despidiendo encantadas. En cuanto me ha visto, además de sonreírme, ha empezado a andar hacia mí.

—Hola, Candela, soy Jorge. —Nos detenemos al lado de un panel que anuncia los vuelos que están aterrizando—. Bienvenida a Granada.

—Hola, Jorge. Llámame Cande. —Él se agacha y nos damos dos besos en las mejillas—. Gracias por venir a buscarme.

—Un placer. Vamos, será mejor que nos vayamos de aquí. —Alarga el brazo hacia el asa de la maleta para tirar de ella pero no lo hace hasta que yo asiento—. Estoy mal aparcado.

—Oh, vaya, pues vamos. No quiero que te multen por mi culpa.

—No te preocupes, no creo que pase nada.

Jorge se pone a caminar hacia la salida del aeropuerto y yo me coloco a su lado, algunas personas lo miran al pasar y me imagino que aún recuerdan su época de jugador en la liga inglesa.

—La gente de Granada es estupenda —dice él—, aunque hay quien sigue creyendo que soy un jugador famoso.

—¿Y no lo eres?

—¡No! —Se le escapa una carcajada de esas que hacen que alguien te caiga bien al instante—. ¡Qué va! Esa etapa de mi vida ya está cerrada. Pero me gusta pensar que sienten cariño por mí, como esas dos señoras que había en el aeropuerto, que al menos no creen que soy un imbécil o un cretino. —Hemos cruzado el aparcamiento y se detiene frente a un jeep verde oscuro y lo abre—. Pero es más por lo de Cassandra que por otra cosa. Cada vez que ella sale en alguna revista vuelven a publicar esas fotos y... —Cierra la puerta del maletero de un golpe seco—. Ya sabes.

Tardo unos segundos en reaccionar, creía que no hablaríamos de eso hasta más adelante, que al menos tendríamos un par de conversaciones insulsas sobre el tiempo o sobre nuestros trabajos antes de hablar de nuestros respectivos ex. Jorge entra en el coche, se pasa las manos por el pelo rubio y lo despeina, mete la llave en el contacto mientras yo voy hacia la puerta del acompañante y también subo al vehículo.

—He leído lo que sucedió —le digo tras cerrar—, dos o tres artículos en distintas revistas, y también he leído lo que contaban los chicos de tu equipo en la propuesta. —Él parece sonreír de nuevo al oír mi última frase—. Pero preferiría que, si quieres, o cuando quieras, me contases tú mismo la historia.

Él pone en marcha el vehículo.

—¿No te fías de las revistas? —Me sonrío descaradamente—. Qué curioso.

—Sí, lo es.

Suelta una carcajada.

—Voy a confesarte una cosa, Cande.

—Confiesa.

—Cuando mis chicos me dijeron que habían mandado ese escrito a la web de *Los chicos del calendario* quise matarlos. Lentamente. No me creí nada, ni tu historia, ni tus vídeos, ni nada.

—Vaya, no te cortes. No hace falta que te andes con rodeos.  
Vuelve a reírse.

—Sí, a veces soy demasiado sincero, me lo han dicho.

—¿En serio?

—Iba a venir a buscarte, a llevarte a tu piso y me iba a pasar el mes haciéndote de guía turístico de Granada y poco más.

—¿Ibas? ¿Eso quiere decir que has cambiado de opinión?

—Sí.

—Bueno, dudo mucho que haya sido por esta conversación. Aunque está resultando interesante, no creo que me esté haciendo quedar muy bien. En realidad ahora mismo tengo ganas de borrarte de la cara esa sonrisa de satisfacción. Me has acusado de ser una farsa.

—Ya, lo siento, pero es la verdad.

—Y tú siempre dices la verdad.

—Siempre.

—Vaya. —Me cruzo de brazos y me giro para mirarlo. Conduce decidido, con la vista fija al frente, pero gira el rostro un segundo para mirarme. Esta primera conversación es tan imprevista que apenas me he fijado en el paisaje.

—He cambiado de opinión antes de venir a recogerte, cuando he visto el vídeo del chico de enero. —Vuelve a mirar hacia la carretera—. Creo que tú y yo podemos llegar a ser amigos.

—¿Eso crees?

—Sí.

Está tan seguro de sí mismo y sabe que es tan encantador que me entran ganas de sonreírle, pero me contengo. No voy a dejar que él sea el único en coger desprevenido al otro.

—Ya veremos. Tienes un mes para conseguirlo.

Vuelve a reírse y, esta vez sí, le sonrío.

—Seremos amigos, Cande, ya verás.

Casi tengo ganas de decirle que va por buen camino. Casi.

—¿Qué planes tienes para hoy? —le pregunto al cabo de unos minutos—. Me imagino que sabes que no tienes que cambiar tu vida por



mí, en realidad las reglas del concurso especifican que tienes que seguir con tu rutina habitual y yo tengo que seguirte a todas partes.

—Lo sé. Pero hoy los chicos no entrenan hasta las cuatro de la tarde, así que había pensado que podríamos ir a tu apartamento, instalarte y después dar un paseo por la ciudad. ¿Te parece bien?

—Claro.

—Entonces decidido. Pero tendrás que echarme una mano, hasta hace unas horas no tenía intención de seguir con mi rutina y llevarte conmigo a todas partes, así que no sé mucho hasta qué punto puedo cambiar mis planes o no, porque pasarte las mañanas viendo cómo preparo los entrenamientos creo que no es muy interesante...

—Bueno, en realidad también es mi primera vez.

—No, eso no es verdad. Tú ya has pasado un mes, el mes de enero. Tienes algo de práctica.

Tengo en la punta de la lengua decirle que enero no cuenta, que ha sido distinto.

—Tienes razón —suspiro para disimular el lío que se ha hecho mi corazón en la garganta—, aunque cada mes es distinto. —«Eso espero»—. Ya le cogemos el truco. Además, lo de ver cómo preparas los entrenamientos, me parece muy interesante. Sé tan pocas cosas del mundo del fútbol que para mí todo esto es una gran novedad.

Jorge sonrío de nuevo y empieza a contarme cosas de la ciudad; esta sí que es la conversación que me había imaginado que tendríamos. Yo tampoco le pregunto por su exprometida o por su carrera futbolística; es mejor que dejemos esos temas, y el de mi mes de enero, para otro momento. O para nunca.

—Vanessa me mandó un correo con la dirección del piso que has alquilado; aparcaré aquí e iremos andando.

—Si quieres puedes ir a preparar uno de esos entrenamientos y nos vemos luego —sonrío mientras lo miro de reojo—; tengo entendido que habrá alguien de la inmobiliaria esperándome y eso no forma parte de tu vida, así que puedo ocuparme sola.

—Ya he preparado todos los entrenamientos durante el desayuno, y ya me he organizado el día para estar contigo. No te preocupes, lo tengo todo controlado.

—¿Por qué será que tengo la sensación de que le das mucha importancia al orden?

—Empecé a entrenar para un equipo de un club de primera división cuando tenía doce años, como la Masía del Barça —añade al ver que lo miro con cara rara—, y aprendí que la rutina y la disciplina son importantes. Y no me gustan las sorpresas.

—Ya, a mí tampoco. No sabía que habías empezado tan pequeño a jugar al fútbol.

—No era tan pequeño, créeme. Pero sí, me gusta contemplar las cosas desde todos los ángulos y anticiparme a la jugada.

No sé si su falta de aprecio por las sorpresas es fruto de tantos años de entrenamiento o algo más reciente y consecuencia del plantón en el altar, o si Jorge siempre ha sido así. Lo que descubro en este momento es que yo tenía una opinión muy equivocada de los deportistas. Me avergüenza darme cuenta de que menospreciaba su trabajo, su esfuerzo, su capacidad de sacrificio y, a veces, su inteligencia. Apenas hace un rato que conozco a Jorge y ya puedo ver claramente que es un chico listo y complejo. Acaba de enseñarme algo sin pretenderlo, algo importante y que yo, teniendo en cuenta mi vida y mis circunstancias, ya tendría que haber aprendido antes: nadie es lo que aparenta, y etiquetar a la gente es un error y solo demuestra lo pequeño que tienes el espíritu y el cerebro.

—Ya hemos llegado.

Jorge, ajeno a mi descubrimiento, aparca el coche en un garaje y baja a abrir el maletero. Arrastra mi maleta y caminamos por la calle que conduce a Plaza de Toros. El trabajador de la inmobiliaria está efectivamente esperándome con un juego de llaves del apartamento. Lo saludo y el hombre pierde medio minuto conmigo para ponerse a babear frente a Jorge.

—Jorge Agreste —le tiende la mano—, es un honor conocerlo.

Jorge acepta el apretón con una sonrisa en el rostro y veo que no es igual a la que me ha ofrecido en el coche.

—Gracias. Trátame de tú, por favor.

—Sabía que te habías mudado a Granada, aunque al principio no me lo creía. Mira que tener que dejar la liga inglesa por una lesión.

Jorge se tensa un poco.

—Sí, la vida es así. Pero me encanta entrenar.

—¿A un equipo de quinta infantil?

—No es de quinta.

Pasa a la defensiva y el señor de la inmobiliaria, que tiene la delicadeza de un elefante en una chatarrería, se lanza al vacío.

—Tío —hago una mueca al oír ese apelativo tan informal—, podrías estar en cualquier parte.

—Exacto. —Jorge lo corta al instante—. Podría estar en cualquier parte. Será mejor que acompañe a Cande a su apartamento. Tenemos muchas cosas que hacer. Ha sido un placer conocerte.

Levanta la maleta del suelo y se dispone a subir la escalera. Yo me despido brevemente del agente inmobiliario, que tiene los labios igual que un pez al que sacan del agua e intenta respirar, y subo.

Jorge está de pie frente a la puerta. La llave, que se ha quedado él, está puesta en la cerradura, pero no ha entrado.

—Perdona que me haya ido así, es que de repente...

—Has tenido ganas de estrangular al de la inmobiliaria. Lo entiendo. Sonríe y afloja un poco los hombros.

—Sí, algo así.

El apartamento tiene dos habitaciones, una cocina completamente equipada (aunque dudo mucho que vaya a utilizarla demasiado), un baño y un comedor. Jorge me espera allí mientras yo dejo la maleta en el dormitorio e inspecciono el resto. El comedor es sin duda lo más bonito, entra muchísima luz y los muebles de madera clara están complementados con cojines y una manta de colores que me recuerda a la que tengo en Barcelona.

Sí, aunque probablemente solo vendré a dormir, voy a estar bien aquí.

Jorge está sentado en una silla, escribiendo algo en el móvil, y aprovecho para observarlo. Se ha quitado el abrigo y lleva las man-

gas de la camiseta arremangadas; los antebrazos bronceados y muy bien definidos delatan, igual que el resto de su cuerpo, que se ha dedicado toda la vida al deporte. Tiene la frente arrugada, como si estuviese enfadado o quizá preocupado por la persona a la que está escribiendo.

—Oh, ¿ya estás lista? —me pregunta levantando la cabeza—. Disculpa, era uno de los chicos.

Se pone en pie y guarda el móvil en el bolsillo.

—Tranquilo, no pasa nada. Ya estoy lista, podemos irnos cuando quieras.

En la calle vuelvo a comprobar que varias personas miran a Jorge, aunque lo cierto es que parece estar perfectamente integrado en esa ciudad. No puede decirse que Jorge sea famoso, sin duda lo habría sido mucho más si no se hubiese lesionado y hubiese seguido su carrera futbolística, pero tampoco es un chico común y corriente. Probablemente la gente lo miraría igual aunque fuese un desconocido, un empleado de banca o un electricista. Es alto —no tanto como Salvador y sí, es verdad, no tendría que haber pensado en él—, con un pelo rubio oscuro que parece sacado de un actor de Hollywood de hace años, tipo Robert Redford; la piel bronceada, probablemente porque entrena a diario bajo el sol; y una cara de esas que, aunque no son perfectas, dan ganas de achuchar. Jorge no es de esos guapos intimidantes, es de esos guapos reales con los que sientes que puedes conectar.

—No me gusta el fútbol —suelto como si nada.

Él, sin dejar de andar, ladea la cabeza para mirarme y me sonrío. Lo que yo decía, completamente *abrazable* (invento palabras porque Abril no está aquí y alguien tiene que hacerlo en su lugar).

—No me lo creo.

—En serio. Me aburre soberanamente; creo que nunca he visto un partido entero.

Se detiene en seco.

—Creo que voy a tener que pedirte que te vayas.

—¿Qué? ¿A dónde?

—De vuelta a Barcelona. —Lo dice completamente serio, pero cuando ve que yo empiezo a palidecer me guiña un ojo y reanuda la marcha—. Si te aburre el fútbol es porque nunca has visto un buen partido. No te preocupes, este mes vamos a solucionarlo.

—No me preocupa —bromeo.

—Pues debería. El fútbol forma parte de nuestra vida. Un partido de fútbol es una metáfora perfecta de lo que sucede en la vida cotidiana. Cada persona ocupa una determinada posición en el campo y desde allí procura ganar su porción de gloria. El delantero arriesga, el defensa analiza, el portero se lanza, el...

—¿Y qué hace la gente torpe como yo? —le interrumpo.

—Entrena hasta perder el miedo.

—Si te pones místico con el fútbol, entonces sí que me subo al primer avión que salga de Granada, vaya a donde vaya —bromeo porque en realidad su explicación me ha calado muy hondo.

Jorge se ríe.

—Me caes bien, Cande.

—Tú a mí también —afirmo con una sonrisa. Es verdad, en unas pocas horas Jorge ha conseguido caerme bien y hacerme sonreír. Y ha conseguido algo aún más increíble: hacer que tenga muchas ganas de vivir el mes de febrero y dejar enero atrás.